

—Ah!, respondió Plaatje. Yo comprendo lo que usted quiere decir, pero la distinción que se hace entre negros y blancos es otra muestra del desprecio que se tiene por los negros.

Plaatje procedió luego a describirme la más grande de las injusticias cometidas con los nativos: la ley de tierras de 1913.

La más cruel y abominable de las leyes dictadas desde la implantación del régimen de los blancos en Sur Africa”.

En estos términos se expresó, y yo creo, lectores, que cuando vosotros estéis bien enterados de sus disposiciones, convendréis en que Plaatje no ha usado un lenguaje demasiado duro.

Para apreciar los efectos de la ley, explicó Plaatje, usted debe saber que los negros en Sur Africa en su gran mayoría ganan la vida trabajando la tierra y especialmente en la crianza y cuidado de ganados. De acuerdo con esta ley no se permite a ningún negro arrendar o comprar tierras, excepto que lo consiga de otro negro, y son tan pocos los negros que tienen tierra! Así, si yo tengo cincuenta vacas y usted permite que pasten en su hacienda, lo meten en la cárcel por seis meses o le ponen una multa de £100 y lo obligan además a pagar una multa de £ 5 por día mientras se retiran las vacas o mientras tanto que éstas pertenecan a un negro.

El implantamiento de esta ley significa lo que sigue: Los hacendados blancos, de acuerdo con la ley, expulsan a los arrendatarios negros. Al principio los negros no entendieron que la expulsión era general y buscaron nuevas tierras donde fincarse bajo la impresión de que su salida se debía a capricho del dueño de las tierras. Pero así que se vieron obligados a ir de hacienda en hacienda, recibiendo siempre la misma respuesta, comprendieron su fatalidad. Ellos y sus familias habían quedado sin casas y sin tierras! Sus ganados comenzaron a morir y tuvieron que venderlos a los blancos por precios insignificantes. Y así los negros se han visto obligados a salir de la Sur Africa Británica o a congregarse exclusivamente en las poblaciones urbanas. En la única condición en que puede permanecer el negro en una hacienda es en la de sirviente del dueño blanco.

—Pero cuál fue el propósito de tan cruel legislación?”

—El objeto era rebajar el salario de los obreros en beneficio de los hacendados, pe-

ro no se obtuvo el fin deseado, sino que los negros abandonen sus campos y trabajos rurales y se vayan a las ciudades. La paga dada a los negros por los hacendados es de £2 o £3 al mes por los servicios que presten conjuntamente, el marido, la mujer, los hijos y sus bueyes”.

—Qué hicieron las autoridades cuando notaron que la ley no había producido lo que se esperaba de ella?

—Introdujeron otra ley por la cual se prohíbe alquilar casas en las áreas urbanas a los negros. Esperaban así obligarlos a permanecer en los campos.

Plaatje siguió dándome detalles de otras leyes del Parlamento, perjudiciales a los derechos de la población negra.

En 1916 se expidió una ley sobre ferrocarriles para establecer separación entre negros y blancos en los carros. Esto parece ser algo muy insignificante, pero la aplicación de la ley ha sido de funestos resultados para los negros. Ahora es absolutamente legal dejar en la vía a un negro, sea hombre o mujer bajo el pretexto de que no hay espacio para él en el tren. Muchas veces se les ha dejado allí por 12 o 24 horas sin abrigo y sin comida.

Plaatje hace notar que las condiciones de los nativos se hacen cada vez peores. Pone el ejemplo de su hijo. Yo comencé a trabajar en la Oficina Postal de Kimberley, dice, pero a mi hijo, que ha recibido una educación mucho mejor que la mía, no se le permite trabajar en la misma oficina, ni como mensajero, debido a su color.

Las disposiciones municipales sobre tránsito establecidas en el Norte, han sido extendidas hasta la Colonia del Cabo”, siguió diciendo Plaatje. A ningún nativo, sea hombre o mujer, se le permite salir de su casa o permanecer fuera de ella después de las nueve de la noche. Los infractores tienen la pena de £1 o un mes de trabajos forzados. En los pueblos del Estado Libre cada nativo debe tener un pase y renovarlo cada mes mediante el pago de 1 Shilling. Una mujer no puede habitar la casa de su marido a menos que tenga una licencia. Una hija no puede permanecer viviendo bajo el mismo techo de sus padres si no puede probar que es empleada de algún blanco y si lo está, toda aquella que gane de 8 a 10 shillings, tiene que pagar un shilling al mes.

La ley de licencias mantiene a los obreros en perpetua esclavitud industrial. Ningún nativo puede dejar su trabajo sin per-

miso de su patrón. Si un nativo está trabajando en una hacienda por 20 **shillings** al mes y otro blanco le ofrece 60 **shillings** al mes, el pobre negro no puede obtener ese trabajo sin el consentimiento escrito de su amo. De acuerdo con esta ley ningún obrero puede salir de la hacienda en que está empleado, bajo ningún pretexto, sin una licencia especial firmada por el hacendado. Una vez un hombre fue arrestado por haber asistido al entierro de su madre sin haber obtenido antes ese documento. En otra ocasión todos los asistentes a una iglesia fueron arrestados, aunque tenían los respectivos permisos de sus patrones, debido a que no tenían permiso escrito del dueño del terreno donde estaba edificada la iglesia. En las ciudades están casi circunscritos a determinadas áreas. Si un nativo trabaja en Holborn y desea ir a Chelsea, tiene que obtener previamente un pase especial. Si desea permanecer en la calle hasta después de las nueve de la noche, también debe obtener un permiso especial.

—Cómo! Ustedes siendo casi esclavos, exclamé, contribuyen a sostener esa infamante tiranía?

—Ciertamente que sí. Los nativos no sólo pagan los mismos derechos e impuestos que los blancos, sino que pagan un impuesto especial. Este impuesto se colecta para, entre otras cosas, la erección de escuelas y colegios de agricultura y para el pago del profesorado —y sin embargo a los niños negros no se les permite gozar de estos beneficios; están excluidos por la ley!

En relación con esto, Plaatje me llamó la atención hacia el discurso presidencial de S. Mapogo Makgatho, pronunciado durante la octava conferencia anual del Congreso Nacional de los nativos de Sur Africa, celebrada en Queenstown en Mayo pasado. El señor Makgatho, quien fue educado en In-

glaterra y es actualmente maestro en Pretoria, fue el fundador de este Congreso. En su discurso declaró que "el consejo provincial del Transvaal recibe, él solo, £340,000 anualmente de las escasas ganancias de los pobres del pueblo que reciben alguna paga, para el sostenimiento de escuelas para los niños blancos mientras nuestras necesidades educativas permanecen ignoradas". Noté también en el discurso de Makgatho lo que sigue, refiriéndose a la ley de licencias:

Millares de hombres y mujeres han sido arrestados y condenados al pago de multas y a prisión con trabajos forzados, y los que rehusaron pagar las multas fueron arrojados a las cárceles. Fueron llevados y empujados como si fuesen animales, pisoteados por policías a caballo, tiroteados por voluntarios blancos y muchos de estos hombres y mujeres están en la tumba por haberse negado a comprar licencias.

Pregunté a Plaatje si no había alguna parte de la población blanca que abogase por la causa de los negros y ésta fue su contestación:

Los únicos que nos ayudan y simpatizan con nosotros son los Socialistas Internacionales, pero desgraciadamente están en minoría y son odiados por las autoridades tanto como lo somos nosotros. Uno de los jefes socialistas, Andrews, perdió su curul por haberse negado a suspender la defensa de los negros y por solicitar justicia para éstos. Las uniones de obreros no permiten que los negros sean miembros de ellas.

La diputación de la cual es Presidente Plaatje solicita del Gobierno británico el cumplimiento de su promesa de 1909. Aquí también contarán los negros de Sur Africa con el apoyo de los Socialistas Internacionales y no dudo que también con el de las uniones obreras.

La política inglesa en Rusia

CARLOS RADECK

Traducido por FRANCISCO A. FILOS

El punto más interesante por el momento, es el significado del reciente cambio en la política inglesa con respecto a la Rusia del Soviet. ¿Cómo es posible explicar que justamente en los momentos en que la burguesía inglesa se prepara para la lucha de-

cisiva contra el proletariado de Inglaterra, trate al mismo tiempo, de entrar en relaciones con la Rusia del Soviet, el hogar de la revolución proletaria? ¿No hay en estos hechos una contradicción que muestra la falta de sinceridad en los hermanos pacifistas

ingleses? ¿No es este un caso típico de la astucia inglesa?

Si debemos hablar de un deseo de parte del gobierno inglés por hacer la paz con nosotros, es forzoso considerar ese deseo como una simple maniobra, pues el gobierno inglés no piensa en entrar en relaciones pacíficas permanentes con la Rusia del Soviet. Pero, si en lugar de considerar los planes últimos del gobierno inglés, simplemente nos preguntamos si Inglaterra piensa seguir una política de paz con nosotros en el futuro inmediato, es posible dar una contestación afirmativa. Fuera de toda duda, el gobierno inglés está tratando de llegar a un arreglo con nosotros con el propósito de despejar así el camino para las relaciones pacíficas con la Rusia del Soviet. Esta política internacional no contradice en modo alguno la política interna de Inglaterra, la cual va dirigida contra la clase trabajadora de ese país, sino que, por el contrario, ambas se complementan.

En la lucha de Inglaterra contra la Rusia del Soviet, durante el período comprendido entre la revolución de Noviembre y la bancarrota del imperialismo alemán, los factores dominantes no eran de naturaleza social. El propósito de Inglaterra en esa lucha consistía en ahogar el poder que, según el imperialismo inglés, se había aliado al imperialismo alemán.

Aunque este punto de vista parezca ridículo, no cabe duda de que el gobierno inglés tenía serios temores de una posible conquista de Rusia por parte del capitalismo alemán, con el consentimiento tácito o declarado del gobierno del Soviet. Pues el burgués inglés, como nosotros bien sabemos, no cree en la estabilidad permanente de un gobierno de obreros y campesinos en Rusia.

Cuando el imperialismo inglés se libró de esos temores por la derrota del imperialismo alemán, cuando la terminación de la guerra y la desmovilización de los ejércitos trajeron al primer plano la cuestión social, cuando el fermento revolucionario entre las masas trabajadoras mostró al gobierno inglés que ni aún las naciones victoriosas estaban inmunes de las conmociones sociales, recién entonces la lucha contra el poder del Soviet comenzó a presentar un carácter enteramente social. La clase capitalista de Inglaterra resolvió ahogar a la Rusia del Soviet, la cuna de la revolución mundial. Ya entonces había dudado Lloyd George de las posibilidades de una victoria por las armas contra el Soviet, pero una gran mayoría de

la burguesía inglesa, cegada por el odio y el sobresalto continuo, adoptó el punto de vista expresado por el ex-primer consejero de la embajada inglesa en Petrogrado, Mr. Linley, en la carta a Lord Curzon, y concebido en estas palabras: "Hay que tratarlos como verdugos".

El aplastamiento de Kolchak, Judenich y Denikin por el Ejército Rojo, demostró al capital inglés que Lloyd George estaba en lo cierto al oponerse a las aventuras de las intervenciones armadas. La burguesía inglesa reconoció que fracasaría en suprimir el centro revolucionario del este. En consecuencia, creyó más prudente utilizar sus fuerzas para aplastar a los movimientos revolucionarios que iban apareciendo en su propia casa. Si logra el éxito en esa empresa ya tendrá tiempo luego para cambiar nuevamente su política con respecto a la Rusia del Soviet. Pero por el momento la política de Inglaterra con nosotros puede ser expresada militarmente en la siguiente forma: Dado que la ofensiva contra la Rusia del Soviet se puede decir que ha fracasado, hasta cierto punto, debido al hecho que los obreros ingleses, los aliados de la Rusia del Soviet, se mantienen activos en la retaguardia del imperialismo inglés, éste ha considerado más prudente, por el momento, crear una poderosa retaguardia por medio de una victoria sobre la clase obrera inglesa y con el propósito de conseguir mejor esa victoria (tenemos frente a nosotros a un excelente ejemplo de la capacidad de adaptación de Inglaterra) el imperialismo inglés trata de valerse precisamente de sus relaciones amistosas con la Rusia del Soviet. El comienzo de esas negociaciones de paz no sólo traerá la quietud a los obreros ingleses, que ahora se mantienen unidos al grito de "¡No tocar a Rusia!", sino que también será el mejor medio de lograr una pacificación permanente del proletariado inglés.

La causa principal de las actuales agitaciones revolucionarias en Inglaterra está en el continuo ascenso del costo de la vida desde la terminación de la guerra. Uno de los motivos par esta carestía progresiva parece ser el monopolio norteamericano de los cereales y de las materias primas. Si consiguiera entonces el imperialismo inglés reorganizar el sistema ruso de transportes, obteniendo cereales de parte de Rusia en cambio de su protección industrial, podría tener la esperanza de contener la crisis revolucionaria en su propio país. Ahora bien, es indudable que los dirigentes del imperialismo inglés se están preguntando al mismo

tiempo si esta política no traería como consecuencia la consolidación de la Rusia revolucionaria. Esta pregunta ha sido hecha a Lloyd George por una buena parte de la prensa burguesa y ha sido contestada por éste en términos similares a los siguientes:

«Es imposible construir un sistema social permanente sobre bases comunistas. La sociedad sólo puede subsistir basada en la propiedad privada y en la iniciativa privada. El peligro de una oposición comunista no radica, entonces, en la posibilidad que el comunismo reemplace permanentemente a la sociedad capitalista. El peligro reside en la acción destructiva del período revolucionario. Pasado es período de caos todos los países han de volver nuevamente al capitalismo. La Rusia también retornará al capitalismo, y su regreso será tanto más rápido, cuanto más pronto entre en relaciones comerciales con el mundo capitalista. En las fábricas centralizadas los capitalistas extranjeros demostrarán a los obreros rusos que el capitalismo es mejor que el comunismo. Cuando el bloque sea anulado, el comercio no se realizará únicamente con el gobierno de la Rusia Soviet: comerciantes secretos crearán un sistema secreto de intercambios con el capital extranjero, y esto traerá todo el fracaso de toda la política económica del poder sovieta. Y si aún el poder del Soviet, invencible por la fuerza

de las armas, no sucumbiera en la lucha económica pacífica, tendría, sin embargo, que transformarse por completo y convertirse en un poder que sirva de unión a los intereses del campesino capitalista con los intereses del obrero, sobre las bases de una economía mercantil. Por este camino nosotros hacemos la paz con la Rusia del Soviet, con la esperanza de obtener una victoria no sólo sobre la revolución inglesa, sino también sobre la revolución rusa.»

Tal es el pensamiento de los dirigentes del imperialismo inglés en los precisos momentos en que entran en negociaciones de paz con nosotros. Como no está en nuestro propósito educar a los ministros de Inglaterra, hemos de ahorrarnos el placer de criticar estas opiniones, que han sido citadas únicamente con el propósito de exponer a nuestros lectores las causas de la política pacifista inglesa hacia Rusia.

La paz inglesa es, pues, la continuación de la guerra inglesa contra la Rusia del Soviet pero por medio de las armas económicas. La posibilidad de una victoria o de una derrota de esta política inglesa, depende de la rapidez con que se desintegra la economía capitalista en Inglaterra y de la rapidez con que en Rusia se vaya integrando la economía comunista.

Los trenes de propaganda en Rusia.

Cómo aprenden los campesinos las doctrinas comunistas

Del diario liberal "Manchester Guardian" tomamos el siguiente artículo, escrito por su corresponsal en Rusia, que ha regresado a Inglaterra después de un extenso viaje,

Al pasar por la frontera rusa, en Octubre del año pasado, lo primero que me llamó la atención fue, en las casas de los campesinos en los pueblos, en la pequeña aldea donde tomé el tren para Moscú, por el camino, en todas las estaciones ferroviarias ví una propaganda gráfica extensísima sobre la guerra. Había carteles que mostraban a Denikin sentado encima del carbón de Rusia, mientras de las chimeneas de las fábricas no salía humo y las locomotoras holgaban en los corrales, con un título sencillo que indicaba el por qué era preciso derrotar a Denikin antes de poder obtener el carbón que les hacía tanta falta; otros carteles ha-

bía que mostraban el trato que daban a los campesinos los blancos; carteles en contra de la desertión; carteles que mostraban la lucha que mantenía Rusia en contra de todo el mundo, en los cuales había un trabajador, un campesino, un marino y un soldado, todos defendiéndose de la enorme hydra capitalista. Había además carteles para fomentar la siembra de granos y otros que explicaban, por medio de cuadros sencillos, los métodos más modernos de la agricultura.

La propaganda que usábamos durante la guerra para el fomento del reclutamiento,

aunque era muy buena, nunca fue desarrollada hasta llegar a tal punto de excelencia y conociendo la lentitud con que se disemina toda reacción desde el centro de este gran país hasta sus territorios lejanos, me llenó de extrañeza, no sólo la perfección de los carteles, sino también su eficaz distribución a tan largas distancias de Moscú.

Hace una semana se me presentó la oportunidad de ver dos de los trenes de propaganda, el objeto de los cuales era reducir políticamente el tamaño de Rusia, llevando al frente del país y a los distritos apartados la ciudad de Moscú, y así aminorar las dificultades que se oponen a la unidad general del propósito, fin de toda propaganda. Hay esperanzas de que dentro de poco tiempo todo este sistema se prestará al servicio de propaganda industrial; por lo tanto, dicho sistema es de bastante interés general para merecer una descripción algo detallada.

Rusia, para fines de esta propaganda interna, está dividida en cinco secciones, cada una de las cuales tiene su tren especial, preparado para las necesidades políticas particulares de su sección, llevando su propio nombre, su equipo especial de ferroviarios, una unidad de propaganda, todas especiales, para cada tren, como los tripulantes de un buque. Los cinco trenes actualmente se llaman el **Lenín**, el **Sverdlov**, el **Revolución de Octubre**, el **Oriente Rojo** (el cual está actualmente en el Turkeistán) y el **Cosaco Rojo**, el cual estaba en un depósito de la estación de Kursk, esperando algunas reparaciones antes de salir para Rostov y el Don. También estaba allí depositado el **Lenín**.

Burov el organizador de estos trenes, es un hombre de pequeña estatura, de cara roja, que lleva americana y pantalones de piel remendados. Llevó un grupo de extranjeros —un sueco, un noruego, dos checos, un alemán y el autor— a visitar los trenes; invitó a Radeck también, con la esperanza de que Radeck podría inducir a Lenín a visitarlos, en cuyo caso podrían sacarle una película para el cine, que daría mucho gusto a los aldeanos, y era posible también que, si lo quería Lenín, el Comité Central les ayudaría un poco más.

A instancias de Burov fuimos primero a ver el **Lenín**. Nos enteramos de que Burov acababa de escaparse de lo que él consideraba una amarga aflicción, que le imponía el Departamento de Cultura Proletaria, obligándole a aceptar las decisiones y los servicios pictóricos de los futuristas, para la

decoración de sus trenes. Para eso, quería que viéramos antes el **Lenín**, para compararlos con lo que él había hecho después de su emancipación, el **Cosaco Rojo**, cuya decoración efectuó cuando ya tenía puesta bajo su control la obra de los artistas. Se habían pintado las decoraciones del **Lenín** hace más de un año y medio, cuando, se veía por algunas obras en las calles de Moscú que quedaban de testigos, el arte revolucionario que entonces florecía era dominado por el movimiento futurista. Todas las noches tenían decoraciones quijotescas e incomprensibles, pintadas en colores de los más chillones, y el proletariado tenía que quedarse satisfecho con lo que el público aficionado al arte no comprendía ni apreciaba en los días anteriores a la revolución. Sus cuadros eran el "arte por el arte", y no podían menos de producir asombro y quizás temor en las almas de los obreros y campesinos de las pequeñas aldeas, que tenían la suerte de verlos.

El **Cosaco Rojo** era completamente distinto. Como Burov dijo, con una nota de gran satisfacción, "al principio nosotros estábamos subordinados a los artistas, mas ahora los artistas están subordinados a nosotros"; esta es una frase en la que cabía toda posibilidad de un arte oficial excusable bajo el socialismo, aunque es verdad que el arte miserable florece con bastante libertad bajo todos los otros sistemas.

Le pregunté a Burov de qué medios él y sus amigos disponían para tener a raya a los artistas, y me explicó su sistema. La sección política de la organización decide cómo debe ser la pintura que ocupa toda una pared de cada coche. Esta idea es entregada entonces a un "agregado" de artistas, y dicho "agregado" es responsable para la realización de dicha idea en la práctica. Hay competencia entre los artistas. Al que ofrece el mejor plan le es concedido el premio; los jueces son los mismos artistas. Es un arte esencialmente desarrollado para el cartel, con un objeto bien definido. El resultado es una cosa interesantísima que siembra ideas con una fecundidad enorme.

Las decoraciones en una pared del coche están divididas en dos partes. A la izquierda están representados los campesinos y obreros de la República Sovietista. Debajo está el título: "No permitimos que nos sometan otra vez al yugo de la esclavitud"; y debajo del cuadro, a la derecha, en letras mayúsculas, dice: "En el Paraíso de los Blancos". Este paraíso es representado por un oficial del ejército, dando una bofetada a un soldado, como se hacía con gran fre-

cuencia en el ejército del zar y en más de uno de los ejércitos contrarrevolucionarios. Mostraba también a obreros atados a palos, como hacían los blancos en varios de los pueblos del Swid. Había otro coche que indicaba los métodos seguidos bajo el régimen de los zares. Vimos pintada en este coche una tienda donde se vendía vodka a las gentes desgraciadas e infelices, las cuales después de emborracharse con el vodka del Estado, eran castigadas duramente por las policías del Estado. Luego vimos un coche que tenía pintadas las varias clases de cosas de las regiones del Don, Terek, Kuban y Ural, montados a caballo y caminando en parejas. Al otro lado de este coche, estaba representada la infantería cosaca.

En otro coche vimos un cuadro muy divertido de Stenka Razin en su barca de remos, con un cañón de bronce de tipo antiguo, montado en la parte delantera, y él remando río arriba. Debajo había escrito: "Yo ataco sólo a los ricos; con los pobres comparto todo". Por un lado se ven correr a todos los pobres y harapientos, que salen de sus chozas para unirse con él; al otro lado, la gente rica le apedrea desde su castillo.

En otro coche hay un cuadro notable, muy típico de la Rusia del Sud, con una inscripción que dice a los cosacos que no teman que la República de los Soviets quiera molestarles por su religión, porque bajo su régimen todos tienen libertad y derecho absolutos para creer lo que les dé la gana. Hay otro coche que enseña a Kolchak sentado dentro de un corral, en Siberia, guardado por un soldado rojo. Judenich está sentado dentro de un pequeño círculo y un anuncio adjunto que indica que está en Estonia, y Denikin está corriendo a toda prisa a un asilo que tiene el título con la Media Luna del Imperio Turco. Otro cuadro muy interesante representa a un grupo de jóvenes cosacas aprendiendo a leer, y una cosaca vieja, muy realista, cerca de ellas, aconsejándolas que no hagan esas tonterías. Mas no podemos seguir describiendo todos los coches. El **Cosaco Rojo** está compuesto de 16 vagones, y cada uno tiene sus cuadros especiales que cubren completamente todas las paredes.

Telegrafía sin hilos, periódicos, cinematógrafo, libros

La parte interior de los trenes está arreglada de una manera admirable, lo cual demuestra claramente que los rusos son capa-

ces de organizar muy bien una vez que se deciden a hacerlo. Pasamos por todos los coches del tren. En un vagón está instalada una estación de telegrafía sin hilos, capaz de recibir noticias de puntos a tan largas distancias como Caernarvon o Lyon. Otro coche está formado con todo el aparato necesario para publicar periódicos, del cual salen 15.000 ejemplares diarios, de modo que en el distrito donde se encuentre el tren, por lejos y apartado que sea del centro del país, se reciben todas las noticias simultáneamente con Moscú, y, por lo general, muchos días antes de llegar el **Isvestia** o el **Pravda**, que llegan frecuentemente con retraso. Y con las últimas noticias vienen los periódicos con sus últimas propagandas, y con lo primero, forzosamente tienen que leer lo segundo.

Junto con este coche va el vagón con el cinematógrafo, con bastantes asientos para sentar a 150 personas. Pero no se proyectan las películas dentro del coche nada más que para los niños que vienen por el día, y durante el verano se emplea también cuando hace demasiada luz por fuera durante la noche. Por la noche cuelgan una gran sábana de la manera usual junto al ferrocarril. Hay una apertura especial en la pared del vagón para las proyecciones de las películas, de manera que muchos miles de personas pueden verlas a la vez. El señor Burov, muy entusiasmado, insistía en enseñarnos una pareja de películas que presentaban a los Boy Scouts comunistas en sus campamentos, reuniones de niños en Petrogrado y las grandes manifestaciones del año pasado en honor de la Tercera Internacional. Sintió muchísimo el pobre Burov que, a consecuencia de tener prisa, Radeck no podía esperarse a ver un drama titulado "El Padre y el Hijo", obra que, según nos aseguraba, con las lágrimas casi brotando de los ojos, era tan palpitantemente conmovedora, que no sentiríamos, después de haberla visto, el haber retrasado nuestro viaje.

Otro coche tenía instalado un motor de energía eléctrica para el alumbramiento del tren y para todos los otros fines necesarios. Hay, además, una cocina muy limpia y un comedor, donde antes de sacar nuestra película (una experiencia horrible cuando Burov le ruega a uno asumir un ademán de interés inteligente), nos dieron de comer sopa, un plato de carne con repollo y té. Hay otro coche dedicado a librería, donde durante todo el tiempo que la gente compra libros, el gramófono canta canciones revolucionarias de Demian Biedny o habla con la elocuencia de Trotzky o la lógica de

Lenín. Otros vagones están destinados a viviendas del personal, divididos según sus deberes políticos, militares, pedagógicos, etc., etc. Porque el tren no sólo tiene como objeto la agitación; lleva también un estado mayor para dar instrucciones a las autoridades locales o explicarles lo que no han entendido, y principalmente para llevar las ideas del centro de Rusia a los pueblos más apartados de la República y a la vez para llevar sus ideas a Moscú. Esto se realiza por medio de un buzón que va en medio de los coches, con el título de "quejas en general". Cualquier persona, en cualquier sitio que tiene algo que alegar o proponer, puede de este modo comunicarse con el centro.

Cuando el tren está de viaje, anuncia su llegada por anticipado y por medio de telegramas, para que los Soviets locales aprovechen el tiempo arreglando reuniones, cine y conferencias. Llega siempre este notable tren decorado con admirables cuadros, y en seguida procede a la publicación y distribución de sus periódicos, a la venta de libros (me dicen que la librería es materialmente asaltada en todas las paradas del tren). Envía sus libros y carteles a una distancia de 40 verstas y a ambos lados de la línea, por medio de los autocamiones que

lleva consigo, y además divierte a la población con su cinematógrafo.

Un nuevo uso para sus trenes

A mi juicio no ha habido nunca un instrumento de propaganda tan eficaz como éste. Respecto a si los rusos podrán, después de organizar su defensa militar, atacar con igual éxito el problema, mucho más importante, de la reorganización industrial, el empleo de este sistema de propaganda es un factor muy de consideración.

Hasta ahora, el uso principal de estos trenes y de los carteles que distribuían, ha sido la propaganda de los Soviets contra los rusos blancos y los extranjeros que les ayudan. Pero ahora que se termina la guerra civil, ya se están pintando dos trenes para un fin nuevo. Aunque la invasión polaca pueda obligarles a aplazar la solución de los problemas económicos y a gastar sus mejores fuerzas en la guerra durante un año más, es de esperar que dentro de muy poco tiempo los cinco trenes podrán dedicarse a explicar, no la necesidad de luchar, sino la necesidad de trabajar, con el fin de solucionar la crisis económica que data de 1915, desde cuya fecha no ha gozado Rusia de la paz, que es la primera condición de su mejoramiento social.

Manifiesto del Partido Revolucionario de la India

Un llamado al Proletariado Británico

Este manifiesto del Partido Revolucionario de la India presenta el mayor interés. Según una reciente carta de Lenin a Bela Kun, la revolución social que ha de conmover en sus cimientos al imperialismo anglo-francés, partirá de Asia, y especialmente, de la India donde trescientos millones de hombres anhelan con vehemencia emanciparse de la dura opresión inglesa. El presente documento revela elocuentemente que, al contrario de lo afirmado en una versión muy generalizada, el movimiento revolucionario de la India no es un simple movimiento nacionalista, sino una manifestación formidable de la lucha de clases, en la cual los capitalistas indígenas se dan la mano con los capitalistas de la metrópoli para aplastar al proletariado, en tren de franca rebeldía, habiendo éste producido diversos actos, entre ellos una huelga potentísima, y persiguiendo como objetivo final, la edificación de la sociedad socialista de acuerdo con el modelo ruso.

Ha llegado la hora para los revolucionarios de la India de hacer ante el mundo una relación clara de sus principios y de sus propósitos. El objeto de esta relación es la

de interesar al proletariado europeo y americano en la lucha de las masas indias, que asumen rápidamente el carácter de una lucha en pro de la emancipación económica y

social y en pro de la abolición del gobierno de clase.

Este manifiesto está dirigido particularmente al proletariado británico, a causa de sus relaciones directas con el movimiento revolucionario, siempre más en aumento, en aquellos países que se encuentran sometidos al imperialismo británico.

El movimiento nacionalista de las Indias, que lucha por la independencia política y por el establecimiento de un gobierno democrático, está lejos de satisfacer a la inmensa mayoría de la población de las Indias, a causa de que en este movimiento no se determina claramente cómo las masas podrían aprovecharse de una tal "existencia nacional independiente". Un movimiento puramente político no podrá jamás extirpar los males económicos y sociales, profundamente arraigados, en los que se halla el origen del descontento general y que conduce al pueblo a la acción revolucionaria de las masas. La emancipación de la clase obrera de las Indias reside en la Revolución Social y en la fundación de un Estado comunista. Para llegar a este objeto, el espíritu, siempre en aumento, de revuelta en las masas indias debe organizarse sobre las bases de la lucha de clases, en estrecha unión y en cooperación con el movimiento proletario mundial. En virtud de que la India se encuentra dominada política y económicamente por una potencia imperialista, que priva al pueblo de los derechos más elementales indispensables a la organización de una lucha económica y social, un movimiento revolucionario debe establecer con atención en su programa las condiciones de la emancipación política del país.

Esto no significa que el objetivo de la Revolución deba ser el establecimiento de una democracia política burguesa, bajo la cual las clases privilegiadas del país substituirán a los capitalistas y burócratas británicos en la explotación de los obreros indios. Hasta hoy el proletariado británico ha permanecido ignorando el carácter real de la lucha revolucionaria de las Indias.

El mundo cree que el movimiento revolucionario en este país no consiste más que en una agitación en favor de su autonomía política y de su independencia completa. La prensa capitalista y el gobierno de la Gran Bretaña han interpretado la agitación de las Indias como la expresión de ambiciones políticas de un puñado de descontentos de la clase media con la cual las ma-

sas no tienen nada que hacer. Únicamente los conservadores y los politiqueros moderados que creen en una liberación de Inglaterra y que hacen uso de la terminología de los republicanos del siglo XVIII, están autorizados a dejar a las Indias libremente y sin ser molestados. Estos, despliegan una propaganda puramente política, atacando a la burguesía de Inglaterra y otros países, criticando la política de explotación imperialista realizada por el gobierno anglo-indiano y defienden los derechos sagrados del pueblo indio a la independencia política y a una representación en el gobierno. Naturalmente, ellos entienden por "pueblo indio" a la "burguesía india". Esta forma de propaganda no ha logrado, naturalmente, conquistar las simpatías y la cooperación de la clase obrera de ninguna región.

En efecto, la clase obrera debe siempre quedar indiferente a las aspiraciones puramente nacionalistas que tengan por fin el establecimiento de nuevas democracias burguesas, con la misma división de clases en explotadores y explotados.

Pero la idea de una lucha de clase consciente contra la explotación capitalista ha ganado terreno en las Indias, poderosamente estimulada por el desenvolvimiento de la guerra. La aceleración de la vida industrial, la elevación incesante del costo de la vida, el envío de tropas indias al servicio de ultramar y los ecos lejanos de la Revolución rusa, todo esto ha servido para avivar los gérmenes de descontento que han existido siempre en el corazón de las masas indias.

El movimiento revolucionario nacionalista, que se agudiza principalmente en las filas de la juventud instruida de la clase media, intenta dirigir este descontento popular hacia una insurrección armada contra el gobierno extranjero. Desde el principio de este siglo el terrorismo y los levantamientos locales son cada vez más frecuentes. Conspiraciones secretas tendientes a derribar el gobierno, fueron descubiertas, castigadas con una severidad creciente y calificadas de traición por el gobierno, y de anárquicas por los directores políticos defensores de la autonomía en el seno del imperio. Durante la guerra europea, diferentes tentativas de insurrección armada han sido suprimidas y denunciadas como intrigas germánicas. Finalmente, todo el país fue sometido, en realidad, al régimen de la ley marcial. Pero toda esta actividad no ha inspirado a las masas un entusiasmo dura-

dero. La solidaridad nacional predicada por los "leaders" de esta fase del movimiento ha sido puramente sentimental. Estos "leaders", no obstante ser sinceramente idealistas, no formularon un programa que remediara los sufrimientos sociales y económicos que pesan sobre los obreros.

Las fuerzas económicas dinámicas que llevan al proletariado a la revuelta en todos los países, se han desarrollado también en las Indias, cuyo resultado ha sido el de ensanchar cada vez más el espíritu de rebelión de un pueblo hasta hoy nutrido con doctrinas puramente nacionalistas que le vienen predicando desde hace medio siglo. Actualmente existen dos corrientes distintas en el movimiento indio, claramente definidas en los principios y tendientes a objetivos diferentes.

Por una parte, el movimiento nacionalista que quiere a las Indias políticamente autónoma e independiente y cuyos "leaders" incitan a las masas a que derriben a los explotadores extranjeros, presentando el programa de una democracia vaga y también ningún programa, y por otra parte, un verdadero movimiento revolucionario que tiende a la emancipación económica de los trabajadores y teniendo tras de sí a la potencia, siempre en aumento, de un proletariado industrial agrícola y consciente.

Este movimiento ha superado la comprensión y el control de los "leaders" pequeños - burgueses, y el único programa capaz de satisfacer sus aspiraciones es el de la Revolución Social. El presente manifiesto va dirigido a los que pertenecen a este movimiento.

Queremos hacer saber al proletariado mundial que el nacionalismo pertenece por naturaleza a la burguesía mientras que el proletariado sólo despierta a la llamada de la Revolución Social.

El crecimiento de la conciencia de clase en el proletariado indio, era desconocido por el mundo hasta que, a principios del último año, estalló una huelga general organizada en tal forma, que se cuenta entre las mejores que la historia registra y que, dirigida por los revolucionarios indios, se mantuvo durante más de tres semanas y agotó a todo el país.

Aunque los directores utilizaran las ventajas de esta acción directa, como arma contra la opresión política y la presentaron como una huelga de protesta contra el Roulet Bill, quedó patentizado el hecho que esta

primera huelga general en la historia de las Indias fue una revuelta espontánea del proletariado contra la insostenible explotación económica. La circunstancia de que los primeros huelguistas fueran los obreros textiles de las fábricas indígenas, prueba suficientemente que la huelga no era una demostración nacional fomentada por los políticos burgueses. Fue una rebelión de los explotados contra los explotadores, indígenas y extranejeros. No se ignora en Inglaterra cómo fue aplastada por el imperialismo británico esta revolución de los hambrientos obreros indios. Todas las armas mortíferas de la guerra moderna fueron empleadas contra los huelguistas desarmados. De frente o por la espalda, los soldados abrían el fuego contra las muchedumbre que asistían a los mítines. Pacíficas manifestaciones de obreros fueron segadas por las ametralladoras, los tanques, los autos blindados y los aviones de bombardeo.

¿Cómo respondió el proletariado británico a esta revolución de sus camaradas indios contra la opresión capitalista? ¿Cuál ha sido su conducta frente a la reacción?

A pesar de todas las pruebas en contrario, el proletariado inglés cree que la huelga general india era una demostración nacionalista. Desorientada por sus jefes nacionalistas, se abstuvo de toda acción precisa, según fuera necesario, expresando su solidaridad de clase. Una huelga general simultánea en la Gran Bretaña hubiera dado un golpe mortal al imperialismo capitalista de la metrópoli y de la colonia; pero, desgraciadamente, el proletariado no aprovechó la ocasión.

Un solo gesto hubo, pero fue demasiado débil y de carácter pequeño burgués. Se trata de una protesta publicada en nombre de la clase obrera inglesa y firmada por Robert Smillie, Robert Williams, George Lansbury y J. H. Thomas, en la cual no se podía reconocer la voz de un proletariado revolucionario sublevado para defender sus intereses de clase. Los "leaders" del movimiento obrero inglés condenaron la forma en que fue sofocada la rebelión de las Indias. Sostienen que con estas medidas el gobierno de las Indias expone a graves peligros "la vida y los bienes de las mujeres y de los niños ingleses de las Indias". Como verdaderos secuaces del liberalismo inglés, creyentes en la Sociedad de las Naciones, aplauden el derecho del pueblo indio a la libre determinación, reclamando para él un gobierno autónomo. Escribían que el imperialismo inglés se había tornado loco, queriendo manifestar con esto que debía obrar

más razonablemente par cumplir con su misión de democratizar a los pueblos atrasados que se encuentran bajo su dominio y responsabilidad.

El movimiento nacionalista burgués en las Indias, que no es en absoluto una manifestación de la lucha de clases, no puede tener importancia para la lucha mundial, ni para la clase obrera inglesa que prueba diariamente la vanidad de la simple indiferencia política y del gobierno representativo, ilusorio en la organización capitalista de la sociedad.

La importancia de un movimiento proletario en las Indias, como en cualquier otro debe interesar vivamente a los trabajadores ingleses.

Es un deber, no sólo de cesar de permanecer indiferentes ante un movimiento semejante, sino de fomentarlo allí donde no existe. Los formidables provechos que el imperialismo capitalista extrae de las posesiones coloniales, ricas en recursos naturales y en mano de obra barata, no puede ser ignorada. Hasta que los millones de productores de las Indias y de los otros países colonizados estén privados de ayuda, y sean víctimas de la explotación capitalista, la destrucción del régimen capitalista en Inglaterra será lejana o imposible. Hasta tanto el capitalismo británico se considere capaz de conservar su dominio sobre millones y millones de bestias de carga en sus colonias, no dejará de satisfacer las exigencias conservadoras de los trade - unionistas ingleses y, con ello retardar la revolución proletaria que finalmente lo abatirá. Por cada penique concedido a los trabajadores de la metrópoli se roba una libra esterlina a sus compañeros de las colonias.

Los vastos mercados de las posesiones coloniales suministran al capitalismo británico un inmenso excedente de beneficios que constituye como una sólida roca sobre la cual aquél se mantiene. Para derribarlo es menester socavar su fundamento y crear un estado de guerra entre éste y el proletariado colonial, único medio capaz de hacer que llegue a su fin. La industria del algodón de Manchester, el centro de los principales mercados, tales como las Indias y la China, podrían trasladarse a Bombay para beneficio y mayor tranquilidad de los grandes manufactureros y en detrimento de los trabajadores ingleses, hasta que el proletariado del nuevo lugar donde funcionaría la industria no se encuentre organizado para presentar batalla. Así el capitalismo britá-

nico puede encontrar y asegurar su supremacía sobre el comercio marítimo del mundo, supliendo el carbón con la nafta, tomando los ricos pozos petrolíferos de las Indias, de Birmania, de Persia y de la Mesopotamia, si el proletariado de estas regiones no se encuentra aún organizado para rebelarse contra una explotación semejante.

Si se permite que Asia y Africa constituyan la futura fortaleza de las fuerzas capitalistas derrotadas en Europa, éstas podrán reanudar la lucha por la dominación del mundo y la victoria del proletariado se encontrará, una vez más, gravemente amenazada. Para destruir completamente el capitalismo mundial es absolutamente necesario atacarlo simultáneamente en todos los frentes. El proletario británico no podrá marchar hacia la victoria hasta tanto no arrastre junto con él a los compañeros de las colonias para combatir al enemigo común.

Podrá ser que sintiendo las alarmas del "imperio en peligro", estimulada por los imperialistas y por sus servidores en el movimiento obrero, la clase obrera británica tema que el establecimiento de un gobierno independiente en las Indias coloque a las materias primas y a los mercados, de los cuales depende en gran medida la industria británica, a merced de los capitalistas indígenas que podrían obtener relaciones comerciales con otros países en detrimento de los intereses británicos.

Los porta - estandartes demócratas de la Gran Bretaña tratan de hacer creer a la clase obrera que la disminución del comercio de ultramar conduce a la vida industrial británica a una catástrofe y a un empeoramiento proporcional de la desocupación. Con estos alarmismos puede determinarse cierto malestar en la psicología tradicional trade-unionista, limitada por su precepto conservador de "un salario legítimo para un día de trabajo legítimo".

Una clase consciente, tal cual es el proletariado revolucionario, cuyo propósito consiste en la destrucción completa de la sociedad capitalista, no puede dispensarle más que una buena acogida al derrumbe del sistema actual, porque conducirá a al bancarrota económica del capitalismo, condición necesaria par su caída final.

En fin, para desvanecer las dudas y las posibles desconfianzas de los compañeros británicos, declaramos en nombre de estos revolucionarios indios que creen en la lucha de clase, que es nuestro propósito impedir el establecimiento del nacionalismo burgués

en las Indias, pues éste sería un nuevo baluarte del capitalismo.

El movimiento proletario siempre en aumento, en las colonias británicas y sus dependencias, debe transformarse no ya en una lucha aislada en favor de una libertad nacionalista, sino en una condición de la guerra proletaria mundial contra la dominación de clase. Queremos alejar a la rebelión de las masas indias del nacionalismo sentimental, organizar el despertar del proletariado sobre principios de la lucha de clases de manera que la próxima revolución sea una Revolución Social. Considerando que la idea nacionalista ha decaído y la pretendida democracia está en pleno fracaso, convencidos de que la libertad y el bienestar de los trabajadores reside en la fundación de un estado comunista, nosotros aseguramos a nuestros compañeros británicos que una rebelión proletaria, perfectamente diferente del nacionalismo, ha aparecido en la India y se manifiesta a través de una serie de huelgas sin precedentes y bajo formas de la acción directa de las masas. Es cierto que este movimiento se encuentra todavía en un estado primitivo y como no existe hasta ahora una clara conciencia de clase, este movimiento se torna en víctima ocasional de las ideas nacionalistas. Los que se hallan a la vanguardia ven el propósito y conocen el carácter de la lucha.

Rechazan sin condición la idea de unir el país entero sin distinción de clases, bajo las banderas del nacionalismo, cuyo único propósito consiste en arrojar al opresor extranjero, porque reconocen el hecho que los príncipes indígenas, la aristocracia, los señores latifundistas, propietarios de fábricas, y de fundos y toda la burguesía que asumirá el control del gobierno nacionalista independiente no será menos opresor que los extranjeros. Siendo las Indias un país agrícola, la aplastante mayoría de la población pertenece a la categoría de los campesinos sin tierra. "La tierra a los trabajadores", será nuestro lema más fuerte y nuestro programa prevé la organización del proletariado indio sobre las bases de la lucha de clases para la desaparición de la opresión política, económica y social y para el establecimiento en las Indias de un Estado Comunista fundado, para el período transitorio, sobre la dictadura del proletariado.

Publicando este manifiesto contamos con los trabajadores de los demás países y esencialmente con los de la Gran Bretaña para ayudarnos a realizar nuestro programa; señalamos que la lucha proletaria en las In-

dias, como también en los otros países sometidos al imperialismo europeo, será reconocido como un factor vital en el movimiento proletario internacional.

Compañeros de la Gran Bretaña: extended las manos a los trabajadores de las Indias en su lucha contra el enemigo común. Recomendando "la libre determinación" para los Indias, vuestros leaders burocráticos lientan la idea del nacionalismo burgués, cuyo programa político no conduce a la emancipación del proletariado indiano. Denunciad a este imperialismo enmascarado que deshonorra vuestro nombre. La circunstancia de que las Indias están gobernadas por el imperialismo más potente de la historia, impide toda clase de organización revolucionaria de la clase obrera como lo ha demostrado la prohibición de la huelga general del año pasado. Nos encontramos privados de los derechos más elementales del hombre. El terrorismo, la agitación constitucional del trade-unionismo ortodoxo, son los únicos caminos abiertos a nosotros y ninguna de las dos puede llevarnos a nuestros objetivos. El primer paso hacia la revolución social en las Indias debe ser la creación de una situación favorable a la organización de las masas para la lucha final.

Trabajadores del mundo: El proletariado indio no lucha para defender los intereses de la clase explotadora indígena contra el extranjero. El llamado sentimental del nacionalismo no ha encontrado eco entre las masas obreras. Nuestra clase obrera india se dispone a luchar en pro de la emancipación económica y social. El enemigo que anhela abatir, es vuestro enemigo: el capitalismo internacional.

Los trescientos millones de indios están de parte nuestra por la causa común, son compañeros. No permitáis al enemigo que os engañe. Los desheredados del mundo deben levantarse o caer juntos. Dejad de ser las víctimas del grito del imperialismo que afirma que las masas orientales son atrasadas y deben permanecer bajo el yugo del imperialismo, del cual nuestra lucha tiene por objeto sustraeros.

No, compañeros: el hambre trabaja igualmente a todos los hombres, en todas las regiones y bajo todos los climas. La teoría del determinismo histórico penetró, también, en el seno del proletariado oriental. Nosotros os conjuramos a reconocer el movimiento revolucionario de las Indias como una parte vital de la lucha proletaria mundial contra el capitalismo. Ayudadnos a enarbolad la bandera de la Revolución So-

mismos del imperialismo capitalista, hasta tanto podamos ayudarlos en la lucha final para la realización de la República Comu-

cial en las Indias y a librarlos a vosotros nista Universal.
Manabendra Roy, Albani Mukerji, Santa Levi.

De Drago a Tchitcherin

ARTURO ORZABAL QUINTANA

(Laureado de la Escuela de Ciencias Políticas de París)

La comedia de La Haya.— La diplomacia capitalista en Africa y Asia.— La diplomacia capitalista en la América Latina.— La diplomacia argentina contra la coerción capitalista.— Todos los pueblos deben imponer a sus gobiernos la doctrina Drago.— Las deudas públicas y la guerra.— Los principios enunciados por Tchitcherin.— La doctrina Tchitcherin ante el patriotismo argentino y latino americano.

La comedia de La Haya

La falta de moralidad y de justicia en las relaciones diplomáticas internacionales, alcanzó su culminación en la fecha precisa de celebrarse la comedia de La Haya. En defensa de sus capitalismo respectivos, los gobiernos hacían lo contrario de lo que decían, pretendiendo amparar bajo principios simpáticos sus apetitos materiales de conquista y acaparación, a expensas de los pueblos débiles (1).

La realidad política internacional era muy distinta de los principios allí mentidos bajo los auspicios de Nicolás II, el inepto autócrata de todas las Rusias. Un breve examen del triste caso de los Boers y de la China, nos permitirá establecer de un modo exacto los móviles del capitalismo internacional; así aparecerán justificados los temores de la cancillería argentina y de otras latino-americanas, ante el peligro de que esa política rapaz comprometiera la libertad y la dignidad de los pueblos de este continente. Conociendo esos antecedentes se

comprenderá que el problema planteado por el doctor Luis M. Drago en su histórica nota, no era tan sólo de interés para los pueblos débiles de América, sino de alcance mundial; y se comprenderá asimismo que los nuevos principios internacionales enunciados por Tchitcherin, el genial Ministro de la Rusia de los Soviets, representan una fase más integral del concepto que apareció, en embrión, en la Doctrina Drago, y que son los más convenientes para el pueblo argentino, lo mismo que para todos los pueblos latino-americanos. Sólo esos principios nos entreabren una esperanza de emanciparnos de la actual tutela capitalista extranjera, que nos mantiene en la sujeción humillante de colonias económicas y nos extrae anualmente cientos de millones en concepto de simples intereses de deudas e hipotecas, sin la esperanza de emanciparnos nunca, pues crecen de año en año.

Muy pocas eran, en los últimos años del pasado siglo, las regiones de Asia y Africa que no hubiesen caído bajo la dominación más o menos directa del capitalismo europeo. En el breve espacio de dos décadas, Francia había llegado a gobernar en Túnez, Madagascar, la Indochina y una vasta zona del Africa central; Inglaterra había ocupado militarmente Egipto, anexo a Birmania, y extendido considerablemente sus territorios africanos; Alemania, Italia y Bélgica habíanse, también, instalado en el continente negro.

La ambición insaciable de los gobiernos no tomaba en cuenta el precio que los pue-

(1) He aquí el preámbulo de la convención de la Haya, cuyos términos de refinada hipocresía justifican ampliamente el título de "comedia", que damos a esa primera conferencia:

"Animados de la firme voluntad de concurrir al mantenimiento de la paz general; resueltos a favorecer con todos sus esfuerzos el arreglo amigable de los conflictos internacionales; reconociendo la solidaridad que une a los miembros de la sociedad de las naciones civilizadas; queriendo extender el imperio del derecho y fortalecer el sentimiento de la justicia internacional; convencidos de que la institución permanente de una jurisdicción arbitral, accesible a todos, en el seno de las potencias independientes, puede contribuir eficazmente a ese resultado; considerando las ventajas de una organización general y regular del procedimiento arbitral; estimando, con el Augusto Iniciador de la Conferencia Internacional de la Paz, que importa consagrar en un acuerdo internacional los principios de equidad y de derecho sobre los cuales reposan la seguridad de los estados y el bienestar de los pueblos..."

blos tenían que pagar para satisfacer las veleidades de los reyes de la finanza: la paz armada, cada día más onerosa, y el riesgo siempre creciente de la inmensa e inevitable conflagración. Se ocultaba a los pueblos la realidad trágica de semejante situación, y para ello no se vacilaba en disfrazar bajo la máscara de un mentido pacifismo el verdadero carácter mercantil de la diplomacia capitalista. Ese, y no otro, es el sentido real de la comedia inventada por el último autócrata de Rusia; en el preciso momento en que Nicolás II reunía a los diplomáticos de las principales potencias en La Haya, para hablar de arbitraje y de paz, el gobierno británico preparaba en la sombra la brutal agresión que iba a ensangrentar el África austral, durante tres años, y a suprimir, en provecho exclusivo de los capitalistas ingleses, la existencia libre de las dos repúblicas del Transvaal y del río Orange.

Es indispensable que conozcamos esos antecedentes para medir, en toda su grave magnitud, el peligro que significaba, para la independencia de los pueblos latino-americanos, esa política de violencia y usura; los "ideales" del capitalismo norteamericano en nuestro continente no eran idénticos a los del capitalismo europeo en Asia y África? Un breve análisis de esos hechos nos permitirá comprender el significado histórico de la doctrina Drago, la necesidad de su extensión contra todos los capitalismos belicosos y la conveniencia, para los pueblos latino-americanos, de los principios afirmados por el Ministro ruso Tchitcherin.

La diplomacia capitalista en Africa y Asia

Los promotores de la conferencia de La Haya mentían. No estaban reunidos para "concurrir al mantenimiento de la paz general", ni para "favorecer con todos sus esfuerzos el arreglo amigable de los conflictos internacionales". Sus móviles eran menos idealistas y no se atrevían a confesarlos. Lo que ocurrió en Transvaal y en la China, vino a correr la cortina de la diplomacia secreta, dejándonos entrever lo que más tarde podrían intentar las naciones capitalistas contra los pueblos latino-americanos.

La guerra anglo-boer, no hay que cesar de afirmarlo, resultó de las exigencias de los propietarios de minas de oro y diamantes en Sud Africa. Pretendían estar libres de todo impuesto. Deseaban mano de obra barata. Fomentaban disturbios locales. Las grandes compañías mineras poseían o fisca-

lizaban secciones enteras de la prensa británica, y, finalmente, indujeron al gobierno británico a intervenir por la violencia para acrecentar el valor de sus concesiones y transformar a los trabajadores indígenas en esclavos de miserables salarios. Por medio de la **British South Africa Company** y de su principal fundador, Cecil Rhodes, Inglaterra había constituido el estado de Rhodesia, implantando su dominación sobre un territorio continuo que se extendía desde el Cabo hasta los lagos Moero y Tanganyika. El ministerio Salisbury se había negado a acceder al pedido de indemnización que le dirigiera el gobierno de Pretoria en 1896 y 1897, a raíz del inicuo atentado contra el Transvaal, conocido por el nombre de **raid Jameson**. Chamberlain, el más feroz de los imperialistas ingleses, había reivindicado en nombre de su país, por nota de 4 de Febrero de 1896, el derecho de aconsejar al Transvaal, aun en asuntos de orden interno, y no había tardado en hacer renacer abiertamente la vieja pretensión británica de gobernar a las repúblicas sudafricanas. Por fin, después de soportar crecientes vejámenes de parte de Inglaterra, el gobierno de Pretoria propuso al de Londres el arbitraje de las cuestiones en litigio (8 de Mayo de 1897). Inglaterra se negó rotundamente, y comenzó sus preparativos bélicos. En Septiembre de 1899, la débil república pedía aún el arbitraje, y el gobierno británico respondía exigiendo que el Transvaal se reconociese vasallo suyo en el plazo de 48 horas. El 16 del mismo mes, el gobierno de Pretoria replicaba reiterando su anterior pedido. El 23, la República de Orange anunciaba su solidaridad con el Transvaal. Pero ya las tropas inglesas concentradas en la colonia del Natal, se acercaban a la frontera. El gabinete de Pretoria se vió, por fin, en la dura necesidad, el 11 de Octubre de 1899, de declarar la existencia del estado de guerra con el gobierno británico, es decir, con uno de los principales gobiernos que dos meses antes, en La Haya, habían firmado solemnemente una "convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales".

Veamos ahora el caso de China. Las concesiones obtenidas por los capitalistas europeos de 1895 a 1898, y que tan duramente pesaron sobre el pueblo chino, vilmente explotado y oprimido, fueron la principal causa del levantamiento de los **boxers** en 1900. Con todo su cortejo de atentados contra los extranjeros. Las tres potencias (Rusia, Alemania y Francia), cuya intervención había privado al Japón de las principales ventajas que esperaba obtener con su victoria sobre China, no perdieron tiempo alguno

en hacerse pagar por el Celeste Imperio el servicio que le habían prestado. El Zar, no satisfecho de haber obligado a los japoneses a evacuar la península de Liao-Tong, había ya, en 1895, establecido su dominación sobre Corea, cuyo desgraciado monarca tuvo que refugiarse en el consulado ruso de Seul (7 de Febrero de 1896), y obedecer ciegamente al autócrata de Petrogrado que el absurdo lenguaje de la diplomacia capitalista iba pronto a decorar con el pomposo título de "Augusto Iniciador de la Conferencia Intrenacional de la Paz". En lo que a China se refiere, Nicolás II había manifestado la intención de someterla a su contralor. Gracias a su alianza francesa, había empezado por procurarle los medios de contraer en París un empréstito de 400 millones, para el cual le había ofrecido su garantía. Hacia la misma época el gobierno ruso fundaba, con capitales franceses, el **Banco Ruso-Chino**, y adquiría el derecho de vigilar los trabajos del ferrocarril transiberiano, lo que implicaba comenzar de hecho la ocupación del territorio chino.

La penetración capitalista en China estaba destinada a proseguir con vigor siempre creciente. El tratado de 20 de Junio de 1897 acordaba a Francia el derecho de construir una línea férrea de Lao-Kai, en el Tonkin, a Yu-Nan-Fu. Sin haber prestado a China los mismos servicios que Francia en 1895, Inglaterra se hacía conceder ventajas comerciales, en Febrero de 1897, así como el derecho de ligar sus ferrocarriles de Birmania con las líneas que debían establecerse en la provincia de Yu-Nan. Las grandes potencias, que habían procedido hasta aquel momento con relativa moderación, se hicieron súbitamente más exigentes, a raíz del ejemplo que Alemania, brutalmente, les diera con la ocupación de Kiao-Chao, en la provincia de Shantung, por una de sus escuadras. Los acontecimientos ulteriores, cuyo relato excedería los límites de este artículo, constituyen la más clara ilustración de los métodos cívicos y violentos empleados por los estados capitalistas para explotar miserablemente a las naciones débiles y desorganizadas, cuando los pueblos sumidos en el engaño no inhiben su acción. Dichos acontecimientos alcanzaron su punto culminante con el edicto q' el gobierno chino, obedeciendo, a la imposición del ministro francés, M. Stéphen Pichon, publicó el 15 de Marzo de 1899, al efecto de conceder al clero católico privilegios inicuos. Dicho edicto reconocía oficialmente a los obispos extranjeros prerrogativas que, dada la importancia que revestían en el Celeste Imperio las cuestiones

de etiqueta, tenían como consecuencia asegurarles una enorme influencia en el estado. Les confería, en efecto, el mismo rango que a los virreyes y gobernadores de provincia. Sus subordinados obtenían asimilaciones análogas.

Esta capitulación humillante en favor de los intrusos que más sobresalían por su condición inequívoca de parásitos, exasperó contra el gobierno imperial a la población china, la cual, no obstante el opio importado de las colonias británicas, no había aún perdido del todo la noción del patriotismo y de la dignidad nacional. Es un hecho histórico irrefutable, que el edicto del 15 de Marzo contribuyó, más que ninguna otra causa, a la efervescencia que iba a conmover hondamente a toda la China, provocando la sangrienta insurrección de los **boxers**. Esta motivó a su vez, en 1900, como consecuencia del ataque a las legaciones extranjeras en Pekín, la intervención armada de las potencias. El ejército internacional, al mando del mariscal Waldersee, cometió en la capital china innumerables depredaciones, saqueos y atrocidades. Después de largas negociaciones, la paz fue firmada el 7 de Septiembre de 1901.

Los gobiernos capitalistas habían dado una nueva prueba de su ensañamiento con los pueblos débiles. Si China conservó, a pesar de todo, su existencia nacional, ello fue debido a las rivalidades de los invasores. El Japón, cuyo pujante desarrollo le había conferido el rango de gran potencia, se asignó la misión de impedir la conquista de China por los europeos, desarrollando una política que alguien ha calificado de "monroísmo del extremo oriente". La ocupación de la Manchuria por las tropas del Zar, durante la insurrección de los **boxers**, fue la causa de la guerra ruso-japonesa. Corea, como se recordará, fue anexada por el Japón, como consecuencia de su victoria. Los acontecimientos que tuvieron lugar en el extremo oriente a comienzos del presente siglo, señalan el origen de los esfuerzos hechos desde entonces por el capitalismo nipón para transformar a China en su "esfera de influencia", a la par que explican el por qué de la participación japonesa en la guerra mundial.

Como se ve, la actividad diplomática y guerrera de las grandes potencias, dió el más categórico desmentido a las palabras hipócritas que pronunciaron en La Haya, para ocultar la verdad a las masas populares. La única salvaguardia que las naciones débiles de todos los continentes tenían, ha-

ce veinte años, contra la amenaza creciente de la violencia capitalista, era la oposición envidiosa de unos gobiernos contra el éxito demasiado visible de los otros.

La diplomacia capitalista en la América Latina

En Diciembre de 1902, Alemania, Inglaterra e Italia iniciaban contra Venezuela una acción bélica, con el ostensible propósito de apoyar reclamaciones financieras. La diplomacia capitalista, enseñoreada ya del África y del Asia, aspiraba a proseguir sus atropellos en los continentes del Nuevo Mundo. Nada revela mejor su espíritu que la siguiente publicación de la difundida revista inglesa *Nineteenth Century and After*, hecha en Abril de 1903:

“Por lo que a nosotros respecta, hemos sido tan afortunados en la lucha para establecer el dominio en África, hemos adquirido tan vastas y valiosas posesiones, y hemos de vernos empeñados de nuevo en un experimento colonial tan grande, que podemos permitirnos descansar satisfechos y observar el curso de los acontecimientos. Pero no todos han sido tan afortunados”.

“A medida que vaya disminuyendo la superficie de territorio desocupado, apto para la colonización, irá haciéndose cada vez más evidente, no sólo que no hay tiempo que perder, si se quiere fundar un imperio, sino que ha ido elevándose el precio que un pueblo puede permitirse pagar por la adquisición de ese territorio. La presión creciente de las poblaciones europeas, la lucha por el comercio, y el natural deseo de engrandecimiento nacional, tienen que ser factores poderosos; y la política de **ahora o nunca** ha de ser pronto la consigna de varias cancellerías europeas. Ya hemos visto que el Viejo Mundo ofrece pocos atractivos; queda sólo por considerar el Nueva”.

“Si el Nuevo Mundo ha de ser realmente el centro del interés y el teatro de la expansión durante el siglo veinte, vale la pena considerar su situación actual y examinar algunas partes de ese continente. Ante todo, ¿cuáles son las condicionets que desearía encontrar una potencia europea en busca de nuevas colonias? El territorio habría de tener clima sano, a fin de que los colonos pudieran vivir en él y multiplicarse; la tierra tendría que ser fértil; y los naturales no deberían hacer una resistencia demasiado seria ó demasiado prolongada. Que los

pueblos anglosajones, por lo menos, están deseando emprender conquistas de territorios, aun cuando falten en ellos esas dos últimas condiciones, lo ha demostrado tanto el caso de Sud Africa como el de Filipinas. A medida que la demanda de expansión aumenta, lo que inevitablemente tiene que suceder, es probable que otras naciones quieran acometer empresas mucho más serias; y, si los países que ellas se propusieran poseer fueran, no sólo adecuados para la civilización, sino que tuvieran, además, una riqueza e importancia extraordinarias, las potencias considerarían que valía la pena de hacer por esa adquisición muy grandes sacrificios.

“El territorio de Venezuela parece tener en estos momentos, a lo menos en nuestra imaginación, un atractivo particular para los creadores de imperios del continente europeo; y, si tenemos presente que las repúblicas de Venezuela y Colombia forman juntas un territorio que es unas dieciocho veces el de la colonia del Río Orange; que, aun cuando constituyen para el invasor un serio problema militar, los gobiernos de ambas naciones son apenas superiores a los de la América Central; que sus habitantes del interior no están casi civilizados; y que la insolvencia de Venezuela es una causa de irritación perpetua para sus acreedores, no es exagerado decir que la posibilidad de transformar en una colonia esa inmensa y fértil superficie puede considerarse algunas veces como factible”.

“Como el problema de la población comienza a apremiar a Europa, alguna solución hay que encontrarle; y, a menos que los Estados Unidos hagan a un lado su actual política de protección sin responsabilidad, y, asegurándose el dominio de sus débiles y perjudiciales vecinos, se lancen a un campo de actividad con resultados que no se pueden calcular ahora, **es indudable que alguna otra potencia acabará por apoderarse de ese continente no desarrollado todavía. En uno u otro caso, la América ecuatorial será en el siglo veinte lo que el Africa fue en el diecinueve**”. Subrayamos, de intento, las últimas frases.

Expresiones de opinión como la que antecede, hubieran podido ser consideradas sin importancia verdadera, de no haberse producido la brutal acción coercitiva anglo-germano-italiana contra Venezuela. La terrible realidad de la violencia capitalista aparecía ante las naciones de América en forma inconfundible.

La diplomacia argentina contra la coerción capitalista

Colocándonos en el ambiente internacional de su momento histórico, la doctrina Drago contra el cobro coercitivo de las deudas públicas representa el primer germen de la nueva diplomacia revolucionaria, que asegurará la libertad económica de los pueblos sudamericanos, redimiéndolos del vasallaje a que los han reducido los capitalistas extranjeros en combinación con los imprevisores gobiernos del régimen oligárquico.

Contra los peligros enunciados en el anterior párrafo, cupo a nuestra diplomacia, esclarecidamente representada por el doctor Drago, el honor de lanzar la voz de alarma y de protesta, interpretando fielmente el sentir de nuestra América y las mejores tradiciones argentinas.

Decía, entre otras cosas, el doctor Drago, en su célebre nota al ministro García Mérou, de fecha 29 de Diciembre de 1902: "Son muchos ya los escritores europeos que designan los territorios de Sud América con sus grandes riquezas, con su cielo feliz y su clima propicio para todas las producciones, como el teatro obligado donde las grandes potencias, que tienen ya preparadas las armas y los instrumentos de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo. La tendencia humana expansiva, caldeada así por las sugerencias de la opinión y de la prensa, puede, en cualquier momento, tomar una dirección agresiva, aun contra la voluntad de las actuales clases gobernantes. Y no se negará que el camino más sencillo para las apropiaciones y la fácil suplantación de las autoridades locales por los gobiernos europeos, es, precisamente, el de las intervenciones financieras, como con muchos ejemplos podría demostrarse. No pretendemos, de ninguna manera, que las naciones sudamericanas queden, por ningún concepto, exentas de las responsabilidades de todo orden que las violaciones del derecho internacional comportan para los pueblos débiles. No pretendemos ni podemos pretender que estos países ocupen una situación excepcional en sus relaciones con las potencias europeas, que tienen el derecho indudable de proteger a sus súbditos tan ampliamente como en cualquier parte del globo, contra las persecuciones o las injusticias de que pudieran ser víctimas. Lo único que la República Argentina sostiene y lo que vería con gran satisfacción consagrado con motivo de los suce-

sos de Venezuela, por una nación que, como los Estados Unidos, goza de tan gran autoridad y poderío, es el principio ya aceptado, de que no puede haber expansión territorial europea en América, ni opresión de los pueblos de este continente, porque una desgraciada situación financiera pudiese llevar a alguno de ellos a diferir el cumplimiento de sus compromisos. En una palabra, el principio que quisiera ver reconocido, es el de que la deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una nación europea".

La doctrina brillantemente sostenida por el doctor Drago, fue motivo de interesantes discusiones en la conferencia panamericana de Río Janeiro (1906), y, por iniciativa de la cancillería de Washington, figuró entre las cuestiones que debía resolver la segunda conferencia de la paz, que se reunió en La Haya en 1907. La propuesta americana aportaba importantes modificaciones a la tesis argentina: el gobierno de los Estados Unidos declaraba que vería con agrado la solución arbitral de los conflictos de origen puramente pecuniario, provenientes de las deudas contractuales reclamadas al gobierno de un país por el gobierno de otro país, como debida a sus nacionales. El recurso a la fuerza debía permitirse tan sólo "cuando el deudor rechace o deje sin respuesta una oferta de arbitraje, o en caso de aceptación, haga imposible el establecimiento de compromiso, o después del arbitraje deje de conformarse a la sentencia pronunciada". Este proyecto fue aceptado, y formó la base de la "convención concerniente a la limitación del empleo de la fuerza para el cobro de deudas contractuales", incorporada al acta final de la conferencia, firmada el 13 de Octubre de 1907.

Consideramos útil reproducir el párrafo siguiente del libro de Vivot (página 126): "El estudio que hemos hecho, nos habilita a establecer entre la doctrina Drago y la convención de La Haya, las diferencias y las analogías siguientes: 1o., la convención, aunque no muy claramente se refiere sin duda, a deudas contractuales en general, comprendiendo entre ellas las deudas públicas; la doctrina Drago se refiere sólo a las deudas públicas; 2o., la convención pone un límite al empleo de la fuerza, subordinando este recurso al procedimiento previo del arbitraje; la doctrina niega la legitimidad del empleo de la fuerza, reconociendo que a veces ese recurso extremo no podrá eludirse; 3o., la convención pone casos concretos en los cuales el empleo de la fuerza

no será limitado; la doctrina sólo hace excepción de la mala fe, el desorden y la insolvencia deliberada y voluntaria, dejando tales casos librados a los principios generales del derecho internacional público; 4o., la convención sienta una regla de derecho internacional positivo; la doctrina es un enunciado de política internacional americana que establece una regla de conducta a observarse por los países de América en sus relaciones con las potencias europeas, y, más que todo, es un principio argentino de política internacional".

No nos proponemos analizar la doctrina Drago, cuyos argumentos de orden jurídico, económico y político la han impuesto a la atención del mundo como tesis irrefutable (1). Le atribuimos primordialmente el valor histórico de un honroso precedente que los argentinos podemos invocar, en la hora porque hoy atraviesa el mundo, para pronunciarnos por la justicia en contra del privilegio, por los pueblos engañados en contra de los gobiernos desleales, por la revolución mundial en contra de una universal reacción. Pues esa revolución, en que ya nos hallamos todos los países civilizados, conducirá necesariamente a la afirmación de nuevos principios de derecho en las relaciones de los pueblos, eliminando la vejatoria y violenta política internacional que ponía el mundo entero a merced de pocos gobiernos capitalistas, forzosamente rapaces e injustos.

Todos los pueblos deben imponer a sus gobiernos la doctrina Drago.

En la actualidad sería impropio abundar en consideraciones académicas acerca de la doctrina Drago y la convención de La Haya. Lo que hay que saber a ciencia cierta es que todos los actuales instrumentos del derecho internacional son, o bien simples tiras de papel destinadas a mantener a los pueblos en la esclavitud del engaño deliberado acerca de los verdaderos móviles de los gobiernos, o bien pretextos para justificar ante el mundo los atropellos y las injusticias del capitalismo dominador.

Nos permitimos recordar el caso de Marruecos. Se trataba de una nación independiente, gobernada por un autócrata despilfarrador. Los banqueros de Europa impusieron al Sultán enormes sumas en cali-

dad de préstamos, sumas que en siete años casi decuplicaron la deuda pública de Marruecos. Los banqueros deducían de los empréstitos comisiones fantásticas, que se cifraban por millones. Todo ello se acompañaba de concesiones de minas, ferrocarriles, puertos, y toda clase de empresas industriales. Las rentas del estado fueron puestas en manos de asesores extranjeros, y se empleaban en pagar los intereses de los empréstitos. Llegó un momento en que el Sultán tuvo que recurrir a exorbitantes impuestos para hacer frente a sus obligaciones. Los indígenas se agitaron. La agitación fue llamada "revolución" por la prensa financiera de Francia. Se dijo que los europeos eran masacrados por los moros. Francia envió un ejército de ocupación en 1907, el mismo año en que sus diplomáticos firmaban las convenciones de La Haya y mentaban descaradamente al proclamarse "animados de la firme voluntad de concurrir al mantenimiento de la paz general", y resueltos a "extender el imperio del derecho y fortificar el sentimiento de la justicia internacional". Fue tomada la política de la "puerta cerrada" fue adoptada por Francia para excluir de Marruecos el comercio de las otras naciones. Alemania protestó, enviando a Marruecos la famosa cañonera Panther. El imperialismo británico hizo causa común con el capitalismo francés, y, como consecuencia del conflicto, Europa estuvo al borde de la conflagración en 1911. Hoy Marruecos es una simple colonia de Francia.

Hay que ser ciego o ignorante para no percibir el doble juego de la diplomacia capitalista: por un lado mistifica a los pueblos hablándoles de paz, de derecho y de justicia, y por el otro persigue imperturbable el engrandecimiento financiero de sus devotos clientes a costa de la creciente miseria de las masas y del criminal sacrificio de millones de vidas.

Afirmamos que la doctrina Drago debe ser impuesta por todos los pueblos a sus gobiernos. No empleamos, entiéndase bien, el término "doctrina Drago" en su acepción literal y verdadera, que es la única legítima. Nos servimos de este término como de un símbolo, y no pretendemos en modo alguno asociar al ilustre autor de la doctrina con nuestros conceptos de diplomacia revolucionaria. Consideramos indispensable, como corolario de la universalización del principio de Monroe, la universalización del principio de Drago. Así como la independencia de los pueblos no sólo debe ser sagrada en América sino también en el mundo entero;

(1) V. Las obras del Dr. Drago: "La Argentina y el Caso de Venezuela", "Cobro Coorrectivo de Deudas Públicas", así como el notable libro de Alfredo N. Vici: "La Doctrina Drago".

las agresiones capitalistas deben ser vetadas con relación a las naciones de todos los continentes, no sólo en América.

El doctor Drago apoyó su tesis, irrefutable desde el punto de vista puramente jurídico, en el argumento esencialmente político de la doctrina Monroe, lo que equivalía a encomendar a la fuerza de los Estados Unidos la defensa de los principios invocados. Ahora bien: ¿quién podrá imponer a través del mundo el principio absoluto de no-intervención por reivindicaciones capitalistas de cualquier índole? No ha de ser ciertamente la Liga de las Naciones, o cualquier combinación diplomática de gobiernos capitalistas que nada han aprendido y nada han olvidado. La coalición reaccionaria, presidida hoy por Francia, ha pretendido, por la intervención armada, el bloqueo, la calumnia y la vil intriga, derribar al gobierno revolucionario de Rusia para cobrar las deudas contraídas con el nefasto Zar. Ya los pueblos del mundo saben a qué atenerse respecto a la política de los gobiernos "democráticos" de occidente.

No invocamos ningún argumento de derecho internacional. El derecho internacional no es otra cosa que el **modus vivendi** entre estados capitalistas, estados cuya existencia exige la solidaridad forzada de clases sociales profundamente antagónicas. El abismo de sangre y de dolor en que han caído los pueblos por obra de los capitalismos dominantes, responsables de la guerra mundial ante el tribunal de la historia, y el influjo emancipador de la revolución rusa, están rompiendo las cadenas de la solidaridad entre explotadores y explotados de una misma nación; esos hechos preparan el advenimiento del día en que los pueblos, liberados de todo yugo económico, se gobernarán a sí mismos y transformarán al mundo en una asociación estrecha de ciudades compuestas exclusivamente de ciudadanos trabajadores. Los argumentos de orden legal, basados en el viejo derecho que los acontecimientos están condenando a muerte, no tienen valor alguno en presencia de la honda transformación que estamos presenciando, creadora de un derecho enteramente nuevo.

Por la acción directa de su fuerza, cada día más consciente e irresistible, los pueblos deben inhibir toda tentativa de sus gobiernos encaminada a afianzar en otras naciones los privilegios y abusos del capitalismo. Así parece haberlo comprendido la clase trabajadora de Europa, haciendo fracasar la guerra anglo-francesa contra Rusia, movi-

da por el bajo móvil de asegurar coercitivamente el cobro de deudas públicas, exactamente como en el caso de Venezuela, que inspiró la doctrina Drago.

Las deudas públicas y la guerra

Cuando, en Enero de 1918, el gobierno de los Soviets de Rusia declaró anulados todos los empréstitos contraídos por el régimen imperial y por el híbrido "gobierno provisional" anterior a la revolución bolshevikí, Rusia quedó de hecho fuera de la ley... de los estados capitalistas. El dilema quedó planteado: o el gobierno de los trabajadores rusos volvía sobre sus pasos, reconociéndose solidario, según las normas del derecho internacional, de los anteriores gobiernos rusos, o la dura ley del más fuerte decidiría si las normas del derecho internacional, como las de todo derecho, iban a continuar amparando a las minorías parasitarias del mundo o iban a cambiar fundamentalmente en favor de las grandes masas productoras. Y este dilema, que aún no está resuelto, permite comprender la formidable coalición reaccionaria que intenta doblegar por el hambre y por el fuego al idealista y heroico pueblo ruso.

Los grandes estadistas bolshevikis, reconociendo con su maestro Karl Marx la solidaridad verdadera que une por encima de las fronteras a los trabajadores de todas las naciones, han provocado una renovación social de alcance internacional. Uno de los primeros pasos en ese sentido tenía que ser la emancipación del yugo sofocante de las deudas públicas, con ayuda de las cuales los gobiernos capitalistas mantienen el juego trágico de la guerra a crédito, usando impudicamente de los pueblos como "carne de cañón", arrojando sobre los hombros extenuados de las generaciones presentes y futuras el peso insoportable de las sumas derrochadas para que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres, hipotecando, en fin, el bienestar de millones de seres, que aún no han visto la luz y sobre los cuales nadie puede legítimamente tener hoy en día derecho alguno, a no ser el de prepararles condiciones más llevaderas de vida.

El gran Henry George, anticipándose a los bolshevikis, había escrito en 1883: "Al pretender que las generaciones futuras soporten una parte de los gastos y cargas de la presente, al pretender imponerles una participación en nuestros desembolsos, nos tomamos la libertad de presumir que aquellas admitan que se hicieron en su beneficio, tanto como en el nuestro, y llevamos la

metáfora hasta el absurdo. Por medio de las deudas públicas, los que rigen el gobierno pueden obtener sumas que no conseguirían con la ayuda de contribuciones inmediatas sin levantar la indignación y la resistencia de aquellos que podrían hacer esa resistencia más efectiva. Así pueden sostenerse los tiranos y nutrirse la extravagancia y la corrupción. Si es posible señalar algunos casos en los cuales la facultad de incurrir en deudas públicas haya sido conveniente por algún concepto, no tienen comparación con aquellos cuyos efectos han sido siempre perjudiciales. ¿Qué es lo que el pueblo inglés paga al pagar los intereses de su enorme deuda nacional? Paga los réditos de sumas tiradas o derrochadas por licenciosos y disolutos tiranos y corrompidas oligarquías de generaciones anteriores, de donaciones o concesiones hechas a cortesanos, alcahuetes, aduladores y traidores contra sus propias libertades y las de los otros pueblos; paga el costo de pisotear al pueblo irlandés y de infligirle heridas que aún se enconan; paga las enormes sumas gastadas en el esfuerzo por mantener en el continente europeo la blasfemia del derecho divino; paga los desembolsos hechos para llevar la rapiña a los pueblos inofensivos de las cuatro partes del globo. Sin la facultad de los gobernantes para contraer deudas públicas, no hubieran podido costearse nunca los nueve décimos de las guerras que la cristiandad ha sostenido durante los dos últimos siglos".

Las deudas públicas sumadas de Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia, Nueva Zelandia, Francia, Italia, Japón, Bélgica, Grecia, Alemania, Austria, Hungría, Turquía y Bulgaria, alcanzaban a la cifra de 23.157 millones de dólares, antes de la guerra. Las deudas públicas de los mismos países, después de terminada la conflagración, sumaban 186.535 millones de dólares, cifra más de ocho veces superior a la anterior. La diferencia, o sean 153.378 millones de dólares, representa el costo aproximado de la guerra para los países mencionados, entre los cuales, como se habrá observado, no figura Rusia. La deuda actual de esos países representa una carga anual para sus pueblos de 8.531 millones de dólares, suma que ha seguido aumentando después de la guerra. La deuda de guerra representa alrededor de 7.729 millones de dólares como carga anual, y esa cantidad fantástica tiene que ser pagada por los pueblos productores, bajo forma de impuestos

únicos sagrados para los gobiernos y su cómplice inmoral: la vieja diplomacia!

Los principios enunciados por Tchitcherin

Mientras los ejércitos rusos defienden con maravilloso denuedo las conquistas sociales de la revolución rusa, proclámanse desde Moscú los principios que deben servir de norma a los esfuerzos emancipadores de todos los pueblos, y se enuncian los fundamentos de la nueva diplomacia revolucionaria, precursora del futuro derecho internacional. He aquí algunos párrafos de la extensa nota dirigida al Presidente Wilson por Tchitcherin, Comisario de Relaciones Exteriores del pueblo ruso, y que fue publicada con fecha 25 de Octubre de 1918 por el diario **Izvestia**, órgano del Comité Central Ejecutivo de los Soviets:

"Estando conformes en participar en las negociaciones, aun con gobiernos que no han llegado a ser la expresión de la voluntad de los pueblos, nosotros, como cambio, requerimos de usted, señor Presidente, que nos informe detalladamente cómo concibe usted la Liga de Naciones, que, según su idea, habrá de coronar la obra de la paz.

"Reivindica usted la independencia de Polonia, de Serbia, de Bélgica y la libertad de los pueblos de Austria - Hungría. Probablemente quiere usted que, en todas partes, las masas populares tomen su suerte en sus propias manos, para formar después una sociedad de naciones libres; pero nos asombra no ver entre estas reivindicaciones la libertad de Irlanda ni tampoco de las Filipinas, cuyos pueblos lamentaríamos ver en la imposibilidad de participar, por medio de representantes libremente nombrados, en la organización de la Sociedad de las Naciones. También queremos saber, señor Presidente, para comenzar las negociaciones tendientes a la creación de la Liga de Naciones, cómo concibe usted la solución de problemas de toda clase de índole económica, cosa que tiene esencial importancia para la obra de la paz futura. No menciona usted el asunto de los gastos de guerra, que serían una carga aplastadora sobre las espaldas de las masas populares, en el caso de que la Liga de las Naciones no se niegue a pagar a los capitalistas de todos los países, sus empréstitos. Usted sabrá, como nosotros, señor Presidente, que esta guerra es el resultado de la política de todos los estados capitalistas; que los gobiernos de todos los países participaban en ella, más o menos, en la misma

naciones civilizadas, y que, por eso mismo, sería demasiado injusto que las masas populares, después de haber pagado por esa política con la sangre de millones de hombres y con la ruina económica, tuvieran todavía que pagar a los verdaderos culpables de esta guerra una contribución, en premio a tal política, causa de tantas desgracias. Creemos por eso, señor Presidente, que la Liga de las Naciones establecerá, como castigo de ella, la negativa a pagar los empréstitos de guerra”.

Tal negativa podría ser hecha por una liga de pueblos verdaderamente libres: no lo será jamás por liga alguna de gobiernos capitalistas. Contra la diplomacia revolucionaria de los bolshévikis, de cuyo éxito depende primordialmente la emancipación de los pueblos oprimidos del mundo, se han concentrado las peores iras de las grandes potencias. El éxito parece corresponder, en los actuales momentos, a los campeones valerosos del nuevo ideal. El gobierno de Polonia, instrumento servil de Francia e Inglaterra, ha sufrido las consecuencias fatales que su política reaccionaria tenía que acarrearle. La redención del pueblo de Polonia se anuncia ya por el mismo e inevitable proceso que libertó a Rusia de la tiranía zarista. Los ejércitos bolshévikis acumulan victoria tras victoria. La nueva Rusia está asombrando al mundo como en otros tiempos la Francia revolucionaria, y está llenando de pavor a los privilegiados y explotadores de todas las naciones. El duelo es más reñido que nunca entre los gobiernos partidarios del pasado sangriento y el pueblo elegido que lucha por la paz del porvenir.

Mientras tanto, presionados por la necesidad y el clamor de sus pueblos, los gobiernos de occidente disentan de mala gana la reanudación de las relaciones con Rusia. Inglaterra, Estados Unidos e Italia, consienten en aceptar el oro como pago de las mercaderías que exporten a aquel país. Francia se niega rotundamente a ello, poniendo el interés de sus capitalistas, tenedores de títulos de la deuda rusa, por encima de todo otro interés, por encima aún de todo ideal de paz y de justicia. El gobierno ultra reaccionario de Francia no oculta su irreductible oposición a los principios nuevos, de los cuales dependen la salvación y el progreso del mundo. En la sesión de la cámara francesa, del 24 de Junio de 1920, decía M. Millerand: “El día en que el gobierno de los soviets haya tomado aspecto de gobierno, el día que haya comprendido

que el primer deber de un gobierno que pretende ese título, consiste en declarar que se considera solidario y responsable de todos los compromisos internacionales contraídos por los gobiernos anteriores, ese día veremos. Hasta entonces no tenemos nada que ver con el gobierno que no es tal”. **Alsa jacta est.** El capitalismo ha tirado la careta; las palabras de Millerand querían significar que la lucha entre el viejo y el nuevo derecho se decidiría entre nuevos torrentes de sangre, en las trincheras y en las barricadas. No parece, sin embargo, que esa moral de usureros sea capaz de detener al proceso revolucionario europeo, pues los pueblos de aquel continente están cada vez más en favor de Rusia, es decir, en contra de sus propios gobiernos.

La doctrina Tchitcherin ante el patriotismo argentino y latino-americano

No ocultamos nuestros votos fervientes por la extensión a todos los pueblos latino-americanos de los nuevos principios proclamados por la Rusia de los Soviets, y creemos que ellos acabarán por extenderse en el mundo, difundiendo una nueva moral de paz y de solidaridad.

Al expresarnos de este modo, no nos mueve tan sólo un criterio profundamente humano y universal: nos inspira al mismo tiempo un concepto puro y elevado del deber patriótico, entendiendo por tal el amor por nuestro pueblo. Creemos firmemente que la honda renovación social que se aproxima en el Viejo Mundo, coincide en un todo con los verdaderos intereses del pueblo argentino y de los otros pueblos latino-americanos.

Nuestra capacidad colectiva como productores excede en mucho a nuestra capacidad como consumidores; con sólo redimirnos de las deudas públicas que nos hacen colonias del capitalismo extranjero, serían inmensos los sobrantes a nuestro favor en la balanza comercial internacional y nos bastaría disponer de ellos para obtener, en cambio, todos los elementos técnicos necesarios para el desenvolvimiento y progreso de nuestra capacidad productora.

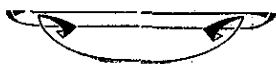
Supongamos que la revolución europea llegara a imponer sus principios, y que, repercutiendo en otros continentes, como inevitablemente tendría que suceder, hiciera posible la extinción de las deudas públicas. El crédito, entendido en el sentido actual de la palabra, desaparecería, sin duda, para

dar lugar a una organización económica de la Sociedad de los Pueblos sobre bases enteramente nuevas. El intercambio entre los pueblos se ajustaría a nuevas normas de cooperación organizada, y el desarrollo económico de las regiones poco explotadas sería confiado a los organismos internacionales, que la efectuarían, no ya para beneficio de capitalistas individuales, sino para beneficio colectivo de todos los productores del mundo. Ahora bien; nosotros preguntamos categóricamente: ¿qué tendría que perder el pueblo argentino con que los cientos de millones —es decir, productos del trabajo argentino— que anualmente paga al extranjero como servicio de intereses de la deuda externa, quedara en el país? ¿Qué tendría que perder con que los millones que anualmente paga al extranjero, por concepto de intereses hipotecarios, quedaran igualmente en el país? Respondemos: el pueblo argentino nada tendría que perder, y todo que ganar, si una parte tan sólo de los inmensos tributos que paga a los capitalistas de allende los mares permanecieran en el país. Dado el crecido monto de los capitales extranjeros incorporados a su suelo, cuanto más radical sea la expropiación de los privilegios capitalistas en el mundo entero, mayor será la emancipación económica del pueblo argentino; y en este sentido, los principios de Tchitcherin sobre extinción de las deudas públicas internacionales, podemos mirarlos como un nuevo y más decisivo progreso en el camino abierto por la doctrina

Drago, que sólo se limitaba a negar el derecho de cobrarlas compulsivamente.

¿Y qué decir del inmenso alivio que experimentaríamos si todos los impuestos fueran suprimidos, y los gastos públicos fueran totalmente cubiertos por la renta de la tierra declarada propiedad inalienable de la nación, como lo enseñó el inmortal Rivadavia? Es evidente que semejantes consecuencias de revolución mundial atentarian contra los intereses de algunos privilegiados, y ello explica el terror con que las personas menos ilustradas contemplan en nuestro país los acontecimientos europeos. Pero el patriotismo, si algo significa, nos induce a pronunciarnos en favor del pueblo de nuestra patria, sin tomar para nada en cuenta los privilegios de acaparadores, terratenientes y parásitos de toda índole, extranjeros o nacionales.

No tenemos el poder de influir sobre los magnos sucesos que están cambiando la faz del mundo. Las transformaciones sociales argentinas serán la consecuencia más o menos rápida de las transformaciones mundiales. Pero los que creemos amar mejor a nuestra patria, tenemos el derecho y el deber de proclamar la verdad como la percibimos; apartándonos de los pseudo - patriotas que cubren al capitalismo extranjero con nuestro emblema nacional y denigran el inmenso movimiento renovador que hoy constituye la esperanza suprema de todos los pueblos.



Terence MacSwiney, Lor Alcalde de Cork

(Muerto después de 73 días de ayuno)

“.....La muerte de MacSwiney puede provocar la ruina del Gobierno y contársela como un asesinato cometido en forma de un suicidio moral obligado.”

BERNARD SHAW.

Acaba de morir el Lord Alcalde de Cork. Lo dice el cable extensamente, con detalles emocionantes que despiertan la admiración y conmueven profundamente. Esta muerte voluntaria y heroica, mucho más de cuanto lo fuera la de millones de hombres caídos en la lucha intensa de los cuatro años pasados, acaba de arrancarle a una de las naciones que lucharon por la libertad del mundo, los últimos gajos floridos de la victoria, el último irrisorio cintajo de la corona con que ceñieron sus frentes las naciones aliadas. Has-



ta el corazón de esta América del Sur cascabelera y vana que vió impasible las crueldades de Estrada Cabrera y cambia gentiles saludos de salón con Juan Vicente Gómez, ha sido tocado de indignación y de dolor por la actitud de Inglaterra respecto a Irlanda, especializada en el caso de Mc Sweeney y en el de los otros huelguistas de hambre. Sin embargo, Francia, España, Italia, Bélgica, han mirado con un culpable in-

diferentismo la muerte voluntaria de este elevadísimo apóstol de la libertad. Que Mc Sweeney muriera hora por hora, minuto por minuto en la más angustiosa y desesperante de las agonías, no podía conmover a las naciones triunfantes que no acaban de repartirse aún el copioso botín. Que Irlanda tiene derecho a su independencia como lo tuvieran las naciones aliadas para eliminar el agresivo y terrible militarismo alemán, es cosa tan trivial, tan sin importancia como el que un niño quiera coger la luna. Ellas que dieron el ejemplo con la acción y con la palabra, ellas que trompetearon por los confines del universo el derecho a la libertad, nada tienen, seguramente, que ver con eso. El grito de protesta de Irlanda se perderá en el vacío si no lo ahoga la mano velluda y poderosa de Inglaterra. La muerte de Mc Sweeney conmoverá a muchos y será la más alta voz de protesta del pueblo irlandés; pero ha sido insensible al duro corazón de Lloyd George. Mc Sweeney en su dolorosa agonía apuró todas las amarguras en el cáliz sin fondo de sus setenta y tres días de hambre. Hasta del Padre Espiritual de la Iglesia —a semejanza de Jesús— fue abandonado. Cuando el erio suyo se debatía encendidamente, cuando algunos se apasionaban por su actitud, llegaron solicitudes al Santo Padre para que prohibiera el suicidio lento de Mc Sweeney. Y el Santo Padre, después de consultar su conciencia divina, declaró que la muerte voluntaria por hambre, no era un suicidio! Yo no puedo pensar sin estremecerme hondamente en el caso de Mc Sweeney; yo no puedo dejar de sentir el horror y la indignación que por la actitud de Inglaterra hostil y conservadora, que ha asumido hoy como ayer y asumirá quién sabe mañana, si no disponen en el futuro otra cosa los sindicalistas, los huelguistas, los socialistas o.... (lo digo?) los... blshevistas!

Lola Collante.